

Vivir feliz

Dalia Rodríguez Sánchez

VIVIR FELIZ

INTRODUCCIÓN

Cuando me decidí a escribir esta autobiografía fue más por formarme una disciplina de escritora que por convencimiento. Nunca me ha gustado hablar de mí misma, porque repetir constantemente “yo” en una conversación se me hace sumamente pretencioso. No es que no lo haga, tal vez lo hago con demasiada frecuencia, pero dejarlo escrito me parecía demasiado.

Una vez determinada a hacerlo, me pregunté qué era lo que mi vida tenía de revolución, libertad e independencia y me decepcioné un poco. Una mujer de más de treinta años que vive en casa de sus padres no parece muy independiente, mucho menos revolucionaria, y cada vez me parecía más cuesta arriba realizar una autobiografía narrando éxitos de los cuales no estaba segura.

Mientras fui avanzando en el relato, me percaté de que mi vida no ha sido excepcional, pero sí se puede relatar sin vergüenza, porque he procurado vivirla lo más sensatamente posible. A fin de cuentas había que contar sobre revolución, libertad e independencia personal y, gracias a ello, descubrí que bueno o malo, interesante o no, sí tenía mucho que compartir; que mi pasión es aprender, que aprendiendo es como se va logrando una revolución constante y que, casi siempre, da buenos frutos. Ir por la vida tratando de aprovechar lo que ella nos enseña es una manera de buscar la libertad, y no conformarse nos lleva a buscar nuevas metas y a nunca detenernos en la búsqueda de la felicidad.

Así pues, les comparto mi relato, en el cual no ofrezco grandes proezas. No encontrarán en mí una heroína que haya salvado al mundo en incontables ocasiones, tampoco un ser angélico que sólo se ha ocupado de los demás. Lo único que puedo ofrecerles es un relato corto, en cuyas líneas no habrá verdades absolutas, pero sí una absoluta sinceridad salpicada de inevitable ironía.

LOS PRIMEROS AÑOS

Nací el 6 de diciembre de 1973. “¡Nicolasa!”, exclamó la familia de mi papá casi al unísono, o más bien en canon, conforme se enteraba de que había nacido en el día de San Nicolás. Para mi fortuna, mis padres se negaron a ponerme dicho nombre.

La que casi ni se entera de mi nacimiento, fue mi mamá. Cuenta que sólo sentía una pequeña molestia —que se fue haciendo mayor con los años, según parece— y que fue al hospital “por no dejar”. Como mi hermano, quien llegó once meses y veinticuatro días antes que yo a este mundo, sí estuvo muy emocionado por nacer y lo demostró con unas doce horas de doloroso trabajo de parto, mi señora madre esperaba un ajetreo similar. Con la poca sorpresa que le provoqué, tardó unos cuantos días en adaptarse a mi todavía discreta presencia. Ni qué decir del país, al que en nada le emocionó mi nacimiento, pues estaba sumamente consternado al conmemorar el primer centenario del suicidio de Manuel Acuña.

La reacción de mi papá fue muy diferente. En cuanto me pusieron en sus brazos, declaró con total convicción: “¡Qué fea está!”. Al menos no me aventó ni me negó, sólo se asustó, se resignó y asumió su paternidad sin más averiguaciones.

Poco sé de mis logros durante mis primeros meses. Me han contado que el espíritu aventurero y científico de mi hermano lo incitaba a estudiarme a fondo. Mi madre tuvo que rescatarme

varias veces de su curiosidad científica, como el día que quiso abrirme la boca lo suficiente para ver si mi campanilla se movía como las de las caricaturas, y también supe que estuve en riesgo de morir de inanición porque el pequeño se tomaba mi biberón cuando nadie lo veía. En fin, hasta donde sé, mi único triunfo fue ir al baño sola antes de cumplir un año.

La primera casa que recuerdo estaba frente a un parque, muy cerca de una estación del metro. Era una casa grande, tipo mexicano, que quise mucho y que por fortuna conserva mi tío F..., uno de mis tíos preferidos. Por aquellos años la ciudad no era tan peligrosa y mi hermano y yo podíamos jugar solos en el parque. Mi madre sólo tenía que asomarse de vez en cuando por la ventana para asegurarse de que estábamos bien. Quien me vea ahora subir al metro no podría creer que pasé mis primeros años viajando en él. Hoy en día no sólo no conozco las líneas, sino que, como se dice vulgarmente, me "ataranto" y no sé para dónde ir, pero en aquel entonces solíamos pasear y hacer frecuentes travesías al centro de la ciudad para visitar museos o simplemente para entretenernos.

Mis abuelos maternos vivían muy cerca y los visitábamos una vez por semana. Normalmente íbamos en metro a su casa, pero, cuando teníamos demasiada energía, mi mamá nos llevaba caminando a ver si así nos cansábamos un poco. La que aún llamamos "Casa Grande" resultaba algo solemne y no muy divertida para dos niños tan pequeños. Mi abuelita parecía extraída de una película de Sara García, cariñosa, pero siempre regañando. Tenía una enorme pala de panadería detrás de la puerta de la cocina y, si nos portábamos mal, amenazaba con pegarnos con aquella cuchara que en verdad resultaba terrorífica. Mi abuelo, en cambio, era como un ángel silencioso que emitía pocos sonidos y se limitaba a sacar cosas de sus bolsillos. Cuando nos portábamos bien, sacaba un caramelo; pero si nos veía haciendo berrinche, sacaba un espejito y decía: "Mire, usted, cómo se ve". La verdad eso me daba mucho coraje, pero sí lograba que dejáramos de llorar.

A casa de mi abuela paterna íbamos sábados o domingos y era fantástico. Una casa enorme, con un patio inmenso y horrible lleno de material para construcción y un montón de primos con quienes jugar. Mi tía D... siempre ha dicho que construimos nuestra casa con todo el material que nos llevábamos en los calcetines, que nunca volvían a quedar blancos. Realmente no puedo explicarme cómo podíamos caminar con tanta tierra metida en los zapatos. También jugábamos a matar ratas a pedradas, pero les aseguro a todos los protectores de animales que había tantas, tan grandes y prolíficas, que nunca pusimos en riesgo de extinción a la especie. No tuve el gusto de conocer a mi abuelo paterno, pues murió unos cuantos meses antes de mi nacimiento, pero lo conocí a través de los relatos de mi papá, de mi abuela y de la Nenita, una tía solterona, medio hermana de mi abuelo, y una segunda (o quizá primera) madre para todos.

La Nenita es un personaje de quien se puede hablar ampliamente. Aunque hoy en día su actitud ante la vida podría parecer de sumisión y totalmente anacrónica, no puedo pensar en alguien más feminista que ella. Las mujeres que antaño no se casaban tenían que dedicarse a la vida religiosa o a lo que se llamaba “vestir santos”, es decir, una vida de beatitud y semisantidad. La Nenita, en cambio, decidió dedicar la vida a los hijos de su hermano y así lo hizo, librando de una gran carga a mi abuela que bastante quehacer tenía entre ser la primera dama del pueblo y luego tener que huir a la capital por miedo a los opositores del abuelo. Con mucho cariño, mucho trabajo y bastantes groserías, la Nenita crió a seis chiquillos inquietos y a veces malcriados. No sólo eso, después ayudó a criar a los “sobrino-nietos”, entre los cuales me encontraba yo. Como mis primos mayores la molestaban para que dijera palabrotas, enseñó a un perico a decirlas por ella, con tan buen tino que sólo se las decía a mis primos molones. Ella me enseñó a hacer magia, pero magia de verdad, como cuando quince niños querían comer pierna de pollo y ella les daba gusto

a todos. Cuidadosamente tomaba los muslos y las pechugas y, cortando aquí y rebajando allá, los disfrazaba de tal manera que todos creíamos comer piernas y nadie se quejaba, porque además tenía una sazón espléndida.

MI GUSTO POR EL ARTE

Durante los primeros años de mi vida entré en contacto con el arte gracias a mis primos maternos, pues todos aprendieron a tocar el piano y varios lo hacían bastante bien. Una tía paterna también tocaba piano, y mi tío F... gusta de serruchar el violín sin importarle el qué dirán. También tuve la fortuna de tener pie plano y alguien le dijo a mi madre que el ballet era muy bueno para corregir el problema, así que, aparte de obtener zapatos ortopédicos, entré a estudiar ballet desde los cuatro años con una maestra que vivía a la vuelta de mi casa y que también daba clases de danza folclórica y española. Así descubrí el maravilloso mundo de la danza, aunque desafortunadamente no tuve la disciplina para dedicarme a ella. Mi abuelo le regaló un piano a mi mamá y nos metieron a estudiar con la maestra que le daba clases a toda la familia y me gustó mucho. El piano ha sido una de mis grandes pasiones y lo amo, el problema es que el piano no me ama a mí y, por más que lo acoso, nunca he obtenido buenos resultados.

Como mi hermano era mi ídolo, quise ir a la escuela cuando él comenzó a asistir. Mamá consiguió que me dejaran entrar a una clase, pero, naturalmente, no estaba preparada para ello. Entré al jardín de niños con los tres años de rigor y fui siempre una niña muy estudiosa y algo precoz, porque me hice novia de Carlitos, "el niño más guapo de la clase"... Claro que él no se enteró nunca. Bailé con él en el festival de fin de cursos, donde nos tomaron una foto que aún conservo. Y ¿saben algo? ¡Estaba horrible! Qué bueno que nunca me le declaré.

PRIMERAS BATALLAS

En la primaria las cosas cambiaron radicalmente. Por un error me llevaron al salón de segundo año en vez de acompañarme al de primero, y mi enorme soberbia acerca del conocimiento, que desde entonces era muy grande —la soberbia, no el conocimiento—, me hicieron pensar que eso bastaba para saltarse todo un año. Dos días después, mi mamá, luego de explicarme que eso no estaba bien, me devolvió a primero, un curso al que llegué llorando y demasiado tarde, pues ya estaba controlado por un tal Eduardo.

Eduardo, de quien no recuerdo el apellido, era un niño excepcionalmente inteligente y guapo, que estaba obsesionado por el fútbol. Todo esto lo hacía líder natural del grupo y yo tuve la mala fortuna de caerle mal. No sé qué le hice. Algo grave habrá sido porque logró que nadie me hablara, salvo una muchacha llamada América, quien sólo me hablaba fuera de la escuela por temor a que le retiraran la palabra a ella también. Para colmo, siempre saqué buenas calificaciones y tuve la suerte de caerles bien a casi todos mis maestros. Además, yo brincaba cada vez que pedían voluntarios para declamar o actuar, así que debí resultarles todavía más antipática. En ese infierno de desprecio pasé los dos primeros años de primaria.

De las pocas veces en que me atreví a hacer una travesura en la escuela, fue aquella en la que habíamos llevado unas cartulinas con alguna información, no recuerdo cuál. Lo que sí recuerdo es que me decidí a cometer la terrible diablura de intercambiar las de mi amiga América y su compañera de junto. Decidida a efectuar semejante aventura, me deslicé a gatas para evadir la mirada de la maestra y logré tan difícil empresa sin ser vista. De pronto sentí un mareo horrible, deduje que se trataba de un castigo divino por la fechoría tan grande que acababa de cometer, así que restituí las cartulinas en las bancas correspondientes y me fui a sentar. En ese momento se escuchó: “Está temblando”. ¡Qué coraje!, el crimen

perfecto se me había fastidiado por un falso cargo de conciencia. Fue un temblor de considerable magnitud, al menos eso supongo porque muchos padres fueron a recoger a sus hijos. Mi mamá pasó por nosotros a la hora acostumbrada.

Hasta que fuimos mayores me enteré de que, en aquellos años, tuvimos serios problemas económicos. Mi mamá estiraba el gasto como podía y siempre comimos rico y bien. Mi papá trabajó muy duro para recuperarse de unas muy malas inversiones, y nosotros nunca nos percatamos de nada. Incluso nos daban cinco pesos aparte del almuerzo para gastarlos en la cooperativa de la escuela. Yo no compraba casi nunca, así que hice un muy buen ahorro. Conservé la buena costumbre de ahorrar hasta donde la inflación me lo permitió.

CAMBIO DE AMBIENTE

En uno de esos golpes de suerte, las finanzas de mi papá dieron otro giro y hubo dinero suficiente para cambiarnos de casa. Nos mudamos al vecino municipio de Naucalpan y, aunque no me hacía mucha gracia, tenía la esperanza de que mi vida escolar fuera mejor. La nueva escuela era buena, pero llena de católicos fundamentalistas que no comprendían que un par de ateos empedernidos estuviera en medio de aquella congregación. Para mi fortuna, quien parecía el más fundamentalista de todos, el director de la secundaria, fue el más tolerante y nos evitó muchos pleitos. Sin embargo, aún recuerdo el calvario que sufría una pobre niña, testigo de Jehová, a quien reprobaban constantemente por no querer participar en las actividades “espirituales” y “patrióticas” de la escuela.

La escuela era pequeña y tenía un solo grupo por grado, así que la mayor parte de los compañeros ya se conocía. Como en todas las escuelas, los alumnos nos dividíamos en pequeños clanes. El

grupo de las matadas estaba conformado por dos niñas, una odiosa y otra sumamente dulce y callada, que tenía una hermana mayor que fue compañera de mi hermano, igual de matada y muy guapa, por lo que nunca le hacían demasiado caso a mi compañera, pues todo lo había logrado antes su hermana. Aunque yo siempre fui matada, a la odiosa no le agradó que yo entrara en su grupo, así que fui excluida a base de majaderías de su parte.

Otro grupo estaba formado por varias niñas presumidas y malintencionadas que se creían muy influyentes en la escuela, capitaneadas por una rubia burlona y envidiosa que gozaba poniendo a la gente en ridículo. Su familia vendía los uniformes de la escuela y siempre se creyó descendiente de la alcurnia española. Ella era muy bonita, aunque su hermana mayor era más hermosa, y sus hermanos, muy guapos. Cuando me hacía enojar, pensaba en sus hermanos y se me quitaba un poco el coraje. En aquel grupo había muchachas encantadoras que estaban un poco al margen de los manejos de la Güera y de las que guardo un buen recuerdo.

A fin de cuentas me integré en un grupo de niñas lindas, encabezado por Itzel, una muchacha muy dulce que fue mi amiga durante la primaria y la secundaria, y lo fue a costa de todos y contra todos.

En el grupo había pocos hombres, buenos muchachos, pero casi todos controlados por el grupo de la Güera. Uno de ellos me gustó y yo no sabía que era novio de una de las arpías. Cuando se enteraron de que me gustaba, me hicieron creer que yo le gustaba a él y me incitaron a escribirle y declarármelo, con lo que hice uno de los ridículos más grandes de mi vida, que es mucho decir. La maestra se dio cuenta de todo, pero era joven, inexperta y creo que hasta un poco infantil. Me hizo creer que el niño había dejado a la arpía y que era mi novio; idea con la que me quedé muchos años y que el muchacho, muy gentilmente, nunca desmintió.

UNA EXCEPCIÓN MUY ÚTIL

Ya antes comenté que casi siempre les he caído bien a mis maestros. Una de las excepciones fue mi maestra de cuarto grado. Considero que era una buena maestra, sólo que yo no le agradaba. Me parece que todo en mí le molestaba y el hecho de que fuera amiga de su sobrina empeoraba la situación. Le enfadaba que yo fuera estudiosa, supongo que porque no podía regañarme, ya que un día que hice mal la tarea y me disculpé por no haber entendido, me gritó triunfante: “Todo lo quieres resolver con una disculpa”.

Un día nos audicionó para la obra que íbamos a hacer: La rata de campo y la rata de la ciudad. Yo estaba muy emocionada porque una de mis metas era ser actriz. En realidad, para entonces, yo ya tenía cinco profesiones definidas: policía, bombero, enfermera, cantante y actriz. La obra era sumamente atractiva para mí; sin embargo, no obtuve ni un papel ni la posibilidad de suplir a nadie en caso extremo, pero como todos teníamos que participar, la maestra no tuvo más remedio que incluirme. Me dio la oportunidad de atravesar la escena de un lado al otro volando como pájaro. ¡Yo estaba encantada! Dediqué un muy buen tiempo a hacer mi vestuario de pájaro con cartulina y papel lustre, recortando y pegando pluma por pluma y ajustando todo con resorte. Para mi sorpresa, mi participación fue un sonado éxito. Aun ahora no entiendo por qué, pues lo único que hice fue cruzar —de derecha a izquierda actor— el patio del colegio, aleteando con gran entusiasmo. ¡La pobre maestra debió de estar muy frustrada! Creo que se habría sentido todavía peor si hubiera sabido que un papel tan pequeño me hizo feliz y reafirmó mi vocación teatral. Me la encontré por casualidad hace un par de años y se acordó bien de mí, hecho que demostró con la misma antipatía con la cual me trataba entonces.

EL DESCUBRIMIENTO DE LA ODISEA

Terminé el cuarto de primaria con un buen promedio y descansé de la agresión psicológica de aquella maestra. Como contraste, la profesora de quinto año era una mujer muy exigente, pero dulce, llamada Maribel. El quinto año de primaria ha sido el más pesado de mi historia estudiantil, pero uno de los mejores. La maestra Maribel me enseñó a trabajar a conciencia. Con las tremendas tareas que teníamos que hacer, vinieron mis primeras desveladas y comenzó mi pasión por investigar, un poco motivada por Maribel y un mucho por mi hermano que se cansó de decirme en qué libro podía encontrar la información que requería, así que tuve que valerme por mí misma. La maestra Maribel también me permitió actuar mi primer "protagónico" escolar, me convenció de participar en un concurso de declamación y me enseñó a amar la geografía y la historia.

Tal vez lo mejor de aquel curso fue que Maribel nos hizo leer uno de mis libros favoritos desde entonces: La odisea.

Mi casa siempre ha estado repleta de libros y nos enseñaron a leer y a disfrutar de la lectura. Mi madre leía tan bien que, incluso antes de entrar a la escuela, nos aprendimos de memoria los libros que nos recitaba, con tal perfección que mi hermano engañaba a mis tíos haciendo como que leía sin tropiezos y magnífica entonación a los dos años. Cambiaba las hojas en el momento justo y mi tío sólo se dio cuenta de que le estábamos tomando el pelo cuando le dio a leer un texto que mi hermano no conocía. Mi mamá nos leyó hasta el cansancio las fábulas de Esopo, las de La Fontaine y algunos otros cuentos. Mi abuelo le había regalado a mi hermano un periquito australiano y yo lo torturaba todas las tardes repitiéndole las historias que nos relataba mi madre, y cuando aprendí a leer, hacía con él mis prácticas de lectura. ¡El pobre perico debió odiarme!

El descubrimiento de La odisea me abrió un nuevo panorama que iba en todas direcciones. Descubrir un mundo mágico en la

mitología griega, muy diferente a la católica, que era la que mejor conocía, fue para mí revelador. Ya había estudiado un poco la religión católica porque me escandalizaba que mis compañeros no pudieran contestar las dudas que tenía al respecto, y me pareció que si no quería seguir la doctrina, tenía que tener claro por qué, pero la mitología griega me ayudó a terminar de comprenderlo y a hacerme un criterio distinto al de mis padres. Aun ahora, cuando encuentro algo de tiempo, me sumerjo en los libros y en la red para buscar datos, semejanzas, coincidencias y diferencias entre las distintas mitologías del mundo, incluso pensé en estudiar Teología, pero los planes de estudio de las universidades que ofrecen dicha carrera nunca me convencieron.

LA TERQUEDAD RINDE FRUTOS

Contra todo lo que puedan pensar, fui una niña sumamente tímida. Nada indicaba que tuviera los pantalones suficientes para pararme en un escenario, menos aún para dedicarme a ello. En la vida cotidiana hablo con un volumen muy bajo, creo que por herencia de mi madre, a quien no le gusta el ruido. Papá, en cambio, siempre ha sido bohemio y, desde muy joven, aprendió a tocar la guitarra para cantarles a las muchachas bonitas en las serenatas con sus amigos, todos bohemios como él. Su voz es agradable y potente, pero, sobre todo, sabe una cantidad impresionante de canciones, las cuales me fui aprendiendo a fuerza de oírse las cantar en las fiestas, que tenían lugar por lo menos dos veces al mes. A mí me parecía que eso era lo normal, que la gente tenía que saberse todas esas canciones. Por otra parte, el alma infantil de la fiesta era mi hermano, simpático y desparpajado, cantaba con gran emotividad una canción de un caballo llamada El Corralero. Mi mayor ilusión era cantar esa canción con éxito, aunque me resultaba impensable causar el mismo revuelo que mi hermano. Yo tenía otra desventaja

en el canto porque era sumamente desafinada, pero si algo aprendí de mi familia fue la terquedad, sobre todo de mi madre, quien siempre logra todo lo que se propone. Cuando uno ve a una mujercita que mide un metro y medio y pesa cincuenta kilos moviendo un piano de un lado a otro sin ayuda, nada resulta imposible.

Decidí que necesitaba un maestro para aprender a cantar y me pareció que el mejor era Cri-crí, el Grillito Cantor. Mis papás habían comprado un nuevo tocadiscos y me regalaron el viejo, así que lo llevé a mi recámara y pasaba todo mi tiempo libre escuchando atentamente las canciones y luego las cantaba quedito junto con el disco. Una vez que dominé el repertorio, fui más allá: según la letra de las canciones, armaba una escena donde yo, naturalmente, interpretaba todos los personajes. Había coreografía, vestuario y escenografía imaginarios, lo cual era una gran ventaja porque, al ser imaginarios, no escatimaba en gastos. Otra afición que me fomentó el ejemplo de mis padres fue la de ver las películas de la Época de Oro del cine mexicano. Me aprendí de memoria muchas de ellas y también solía jugar a volver a filmarlas conmigo como protagonista.

Durante el quinto y sexto grados estudié baile con mi amiga Itzel. Ella me recomendó la escuela y tomamos clases de tap y de ballet. Nos divertíamos mucho, e incluso un día nos escapamos para visitar a un muchacho muy guapo que vivía a una cuadra de la escuela de baile. Yo le había pedido permiso a mi mamá para que nos dejara visitar al compañero, pero ella nos negó la autorización con el argumento de que íbamos a molestar, así que, como no nos dejó hacer algo que nos parecía totalmente inocente, en cuanto terminó la clase fuimos corriendo a visitarlo. Cuando salimos, me encontré a una madre furiosa, y hay que decir que ha sido una de las pocas veces en mi vida que la he visto así, ya que, en general, posee un carácter envidiable. En cuanto a las clases de baile, todo fue muy lindo. Una de las arpiás también tomaba clases de tap, pero ahí no era grosera, al contrario, era bastante cordial.

UN GRAN AMOR: EL TEATRO

Todos esperábamos con impaciencia y un poco de miedo el sexto año, pues era muy famosa la maestra Laura, no sólo por lo estricta y eficiente, sino porque presentaba una obra de teatro musical al final del curso. El año fue difícil porque la lideresa de las arpiás estaba peor que nunca y ya se estaba colocando entre las de mejores calificaciones. Ambas estuvimos en la escolta, junto con la matada agria, la estudiosa dulce y otra arpiá menor. La matada agria era abanderada y a mí me tocó ser la voz de mando, cargo que no mantuve durante todo el curso porque, al parecer, en una junta extraordinaria —a la cual no estuve invitada, pero sí nuestra asesora, por casualidad hermana de la Güera— decidieron que yo tenía demasiado busto y lo sacaba excesivamente, por lo cual no podía estar en la escolta y mucho menos ser la voz de mando. Según entendí, mis enormes glándulas mamarias eran razón indiscutible para sacarme. La maestra no lo permitió, pero me “degradaron” y dejé de dar las órdenes, puesto que por “coincidencia” pasó a manos de la rubia. Sin embargo, aquella escolta resultó muy buena y ganamos un concurso de zona.

Casi al principio del curso, la maestra nos dijo que habría una pastorela y que, si estábamos interesados, peleáramos los personajes. Leí el libreto y me quedé con el personaje de Lucifer. ¡Qué emoción y qué divertido! Ensayos en forma, disciplina, un teatro de verdad y público ajeno a la familia. Mi única gran preocupación fue que el día del ensayo general me quedé tan afónica que ni siquiera podía decirles a los compañeros que no podía hablar. Ahí vi que tenía vocación porque, justo al salir a escena, mi voz salió como si no hubiera tenido nada. También hicimos la pastorela en un asilo de ancianos. Cuando quise ayudarlos a caminar, por poco me llevo unos buenos coscorriones. Nunca hay que acercarse a un niño o a un ancianito cuando se está vestido de villano, sobre todo si dicho ancianito trae bastón, aunque esquivar un par

de bastonazos me enseñó que había que analizar al público antes de cualquier otra cosa.

La maestra Laura también nos preparaba para lo que ella seguía llamando “La Ruta Hidalgo”, que era un concurso para elegir a los mejores alumnos de sexto año de primaria en la República mexicana. En la contienda dentro del salón estábamos las matedas (la agria y la dulce), una de las arpías, yo y un niño sumamente brillante que nos ganó a todas, cosa que me dio mucho gusto porque todo el mundo había dado por sentado que él no podría ganar. Yo me quedé como suplente.

Después de la pastorela obtuve el papel principal en la obra musical Jesucristo Superestrella. Me quedé con el único papel importante femenino: María Magdalena. Había muy buenas actrices en el grupo, pero las clases con Cri-crí habían rendido fruto y yo era la que cantaba, si no mejor, con mayor seguridad. Incluso Sandra, otra amiga muy buena actriz, tuvo que hacer un papel de hombre. El montaje de la obra quedó aceptablemente bien y, sobre todo, yo tomé la decisión de dedicarme al teatro.

Creo que lo que más me influyó en ese sentido fue la visita de D..., una ex alumna de la maestra Laura que estaba estudiando para actriz profesional. Me di cuenta de que los actores eran gente común y corriente, con todo y que aquella muchacha pertenecía a una familia de tradición artística. Además, Marta, sobrina de la maestra, estaba estudiando ópera y nos ayudaba con el canto. Se hizo mi amiga y comencé a conocer un poco de aquel mundo que no significaba mucho para mí.

TRAGEDIA NACIONAL

Mientras cursaba el quinto año, sucedió una de las tragedias que aquejaron a la nación en ese lustro: la terrible explosión de San Juanico, en 1984, que fue el comentario obligado durante varios

meses. Todos nos lamentábamos de la mala fortuna de la gente que había muerto calcinada y veíamos todo como una gran tragedia, pero bastante lejana a nuestra realidad. Nadie imaginaba lo que vendría después.

El terremoto de 1985 me sorprendió mientras cursaba el sexto año. Nosotros vivíamos en un cerro, estábamos desayunando y la casa comenzó a balancearse suavemente. Mi mamá corría de un lado a otro, nerviosa, pero yo estaba tranquila porque sentí el temblor muy parecido a aquel que me impidió cometer mi travesura en primero de primaria. Nunca se me ocurrió pensar que la zona donde vivíamos no era sísmica, por lo que me fui a la escuela muy tranquila. Allí comenzamos a enterarnos de que no había luz, ni teléfono, y por radio llegaban algunas de las noticias aterradoras de la tragedia. Mi papá trabajaba entonces en un edificio en Reforma, frente al Ángel de la Independencia, y cuando regresó a casa nos contó algunas cosas de las que había vivido. Entonces comencé a asustarme. Pasé todo el día siguiente viendo las noticias y asimilando la tragedia. Cuando sobrevino el segundo temblor, ya estaba suficientemente asustada y prácticamente lloré toda la noche. Fue entonces cuando vi que mi supuesta vocación de policía, enfermera o bombero era fruto de mi desaforada imaginación. A mis escasos doce años no tenía ni las fuerzas ni los medios para ayudar, pero ni siquiera hice el intento. Me limitaba a ver las noticias —aunque mi mamá no me dejaba verlas mucho porque seguía sin poder dormir— y a escuchar anécdotas.

Pese a que unos tíos que vivían en Tlatelolco se quedaron sin casa, y otros familiares tuvieron daños en sus viviendas, no tuve que llorar a ningún ser querido. Mis abuelos maternos se quedaron atrapados en su recámara para nuestra gran fortuna, pues eran un par de ancianitos que no hubieran logrado sobrevivir si la enorme vitrina que mi abuela tenía en el pasillo que daba a la escalera, los hubiera alcanzado cuando se vino abajo.

E..., mi prima-cómplice favorita, se quedó con nosotros un par de meses, ya que la Secundaria 4, donde ella estudiaba, estaba cerrada a causa de la tragedia. Creí que su presencia sería, como siempre, una alegría, pero ella estaba distante, malhumorada, deprimida; peleaba con mi madre de modos muy extraños y se negaba a jugar y hasta a platicar. Se lo comenté a mi mamá y ella me dijo que no la presionara, que había tenido una horrible experiencia y que había que tenerle paciencia, que no le preguntara nada y que se le iría pasando. Años después me enteré de lo que tuvo que vivir esa niña de doce años al caminar sola desde su secundaria en San Cosme hasta su casa, que estaba cerca del Metro Chabacano. Iba caminando desamparada, viendo edificios derrumbados, personas heridas, muertos, sangre, desesperación y lamentos, pero con la esperanza de que su casa estuviera en pie y su familia a salvo. Casi quince años después supe que los pleitos que tenía con mi madre eran porque mi mamá trataba de hacerla reaccionar, que se interesase por algo, y ella sólo tenía deseos de no pensar y no volver a sentir jamás.

Mi regreso al mundo real, cuando comencé a percibir la tragedia en su terrible magnitud, fue el fin de semana siguiente. Estábamos en casa de mi abuela paterna, con casi todos mis tíos, entre ellos los que vivían en Tlatelolco y que se habían refugiado ahí. Su edificio estaba muy dañado y ellos estaban vivos de milagro, porque las paredes de su departamento se cayeron hacia afuera y no sobre ellos. Todos comentaban sus experiencias, y yo escuchaba tranquila, como si estuviera viendo una película. La televisión estaba encendida para seguir atentos las noticias. En ese momento el locutor anunció que el edificio Nuevo León de Tlatelolco se estaba viniendo abajo. Mi tía se levantó, comenzó a gritar: "¡Mi casa, mi casa!", y se echó a llorar. Toda la tragedia y mi cobardía se me vinieron encima de golpe. Mi impotencia y mi falta de vocación me golpearon la cabeza y me sentí decepcionada de mí misma.

OTRAS FORMAS DE COOPERAR

Recuerdo especialmente dos figuras durante este tiempo, dos figuras que me indicaron que había mucho que hacer sin necesidad de ser médico o santo. La primera fue una cantante que había ganado el festival de la OTI y que concursaba representando a México en España. Eugenia León, de quien yo no sabía nada hasta ese momento, debía cantar sin saber si su familia y amigos estaban bien o habían muerto en el devastador terremoto. Y no solo cantó a pesar de sus preocupaciones, sino que ganó, cosa que levantó un poco el ánimo al país deprimido por la tragedia. Mucho cambió la imagen que yo tenía de ella, porque cuando participó en la final le ganó a la vecina de una amiga mía que era, naturalmente, mi favorita, no porque fuera mejor, sino porque la había visto de lejos una vez.

A la otra persona que recuerdo vivamente es al maestro Plácido Domingo, quien se destacó entre muchos de los héroes de aquel drama. Líder innato, Domingo organizó a los voluntarios que salvaron vidas en Tlatelolco. El único contacto que yo había tenido con la ópera hasta entonces había sido una excursión a la ópera de Bellas Artes organizada por Edgardo, mi muy joven y guapo maestro de piano, cuando yo tenía nueve años. Aunque se esforzó mucho en explicarnos la ópera y nos preparó en casa mediante videos para que no nos tomara por sorpresa la experiencia, la función de El elixir de amor de Donizetti fue todo un fiasco. El maestro había comprado boletos en un palco para que pudiéramos preguntar algo en voz baja si fuese necesario, y yo, que entonces era la más pequeña, tuve el honor de ver la ópera en las piernas del apuesto profesor. Antes de ir a la ópera, Edgardo nos había contado el argumento, así que cuando la soprano sexagenaria y no muy agraciada salió a cantar y yo le pregunté al maestro, con esa voz de niña que se escucha en todas partes: "¿Y la muchacha joven y bonita cuándo sale?", la soprano miró hacia el palco y vio con odio al pobre profesor que estaba rojo de la pena. Según

supe, nunca le volvió a dirigir la palabra. El caso es que mi primera experiencia con la ópera no fue muy agradable y la borré de mi lista de prioridades. Para mí, la ópera significaba un par de mujeres grandes y gordas gritando y tratando de tapar, con voz y cuerpo, a un pobre chaparrito que luchaba por destacar. Plácido Domingo me invitó a redescubrir la ópera y a entender que el trabajo del artista tenía que ir más allá de una representación. No sólo había ayudado en persona en los momentos más difíciles, sino que daba funciones a beneficio de los damnificados y levantaba el ánimo de mucha gente.

APRENDER A COCINAR

Tal vez porque pertenezco a una familia de grandes cocineros, siempre me gustó la cocina. No me refiero a cocineros profesionales, sino a la estupenda sazón que, a excepción de un par de tías, tienen casi todos los miembros de la familia. Desde muy pequeña mi mamá me enseñó a hacer pasteles. Me dejaba ayudarla a prepararlos y me gustó mucho participar en la magia que convertía un poco de harina en masa y la masa en un delicioso pan. Mamá solía tomar por entonces una siesta durante las tardes. Cuando cumplí cinco años, me dio por preparar pasteles por lo menos una vez a la semana. Durante algunas tardes me siguió la corriente, pero después se negó a renunciar a su siesta para hacer postres. El día que traté de despertarla y no me hizo caso, me rebelé. Saqué todos los ingredientes, hice el pastel yo sola y la desperté al final para que me prendiera el horno. La mujer estaba gratamente sorprendida y, sobre todo, muy contenta de que ya no tendría que renunciar a su siesta para tenerme entretenida ni para hacer postres. El único accidente que sufrí fue a los siete años, un día que hacía un poco de frío y, antes de hacer el pastel de rigor, me había puesto una capita tejida por mi abuelita. Dicha capita tenía

unos lindos y tradicionales flecos que remataban coquetamente el tejido. Cuando mi mamá me vio sacar la batidora me dijo: “Mejor quítate la capa, se pueden enredar los flecos en la batidora”. Más tardé en decirle: “No pasa nada”, que su vaticinio en cumplirse. Los flecos se enredaron en la batidora y se llevaron mi mano que, gracias a la capa y a que las aspas se trabaron, sólo salió con algunas heridas leves.*

También ayudaba en la comida a mi mamá, pero sólo seguía sus instrucciones de picar esto o lavar aquello o vigilar que algo no se quemara, nunca puse realmente atención a todo lo que había que cuidar para que la comida quedara bien. El caso es que, cuando tenía doce años, mi mamá viajó a Ciudad Juárez para que unos tíos, cirujanos oftalmólogos, la operaran para quitarle la miopía. Como entonces las operaciones todavía no se hacían por láser, ella tendría que quedarse un mes por aquellos lares para recuperarse. Todos estábamos muy contentos de que se operara y nos organizamos de tal manera que ella no tuviera pendientes; yo era la encargada de hacer la comida.

El primer lunes que estuvimos solos me dispuse a guisar. No pensé en nada complicado, sólo una sopa de pasta y unas carnes asadas. Con toda la autoridad que, según yo, me daba el haber ayudado a mi mamá innumerables veces, saqué un sobre de sopa, molí un par de jitomates con algo de agua y los puse a cocer juntos, así, sin freír la pasta, sin sazonar el jitomate. Papá llegó a comer a casa y serví la comida. Mi hermano y mi papá probaron la sopa, se miraron sin decir nada y siguieron comiendo. Cuando yo me senté a comer y probé aquel mazacote insípido y nauseabundo, los insté a que no se la comieran; sin embargo, dijeron que no estaba tan mal y la engulleron heroicamente. De cualquier modo, a partir de ese día, mi papá nos invitó a comer fuera de casa el resto del mes.

* Si he de serles franca siempre me ha molestado cuando los papás no se equivocan, lo malo es que casi nunca fallan. ¡Me da un coraje!

En cuanto mi madre regresó a casa le conté la odisea de la asquerosa sopa y le pedí que me enseñara todos los secretos del arte culinario. Una vez que dejó de reírse, me explicó lo que debí haber hecho y, a partir de entonces, procuró irme dando los detalles de lo que hacía mientras cocinaba. Aprendí a cocinar decorosamente, por lo que, además de que mis guisos son aceptables, no dependo de nadie para comer bien. Hace un par de años tuve una discusión con una señora feministoide porque mencioné que las muchachas de ahora ya no saben cocinar y que son los hombres los que aprenden a hacer guisos caseros. Ella se enfureció y me gritó que la mujer no tenía por qué cocinar, que no era esclava del hombre, que los tiempos habían cambiado y no sé qué otras necesidades. Le respondí que, precisamente, por la libertad de la que goza la mujer es por lo que debemos saber cocinar, para ser del todo independientes y no morirnos de hambre si los restaurantes están cerrados. Lo más extraño de esta discusión es que dicha señora no tenía nada de liberal ni de moderna, pues era una de esas mujeres consentidas, por no decir malcriadas, que no trabajan fuera de casa, que no mueven un dedo para tener limpio su hogar porque tienen dos o tres criadas a su servicio y se pasan el día desayunando con sus amigas, en el club o inyectándose botox con la mayor frecuencia posible. Es curioso que ese tipo de mujeres sea el que más habla de la liberación femenina.

A PREPARARSE EN SERIO

Al comenzar la secundaria, y una vez decidida mi vocación artística, le pedí a mi papá que me dejara estudiar teatro. Como su filosofía es que estudiar es bueno, no importa qué, sólo me pidió que escogiera una carrera que él llamó "real", además del teatro. Estudié en una pequeña escuela de Ciudad Satélite que se encontraba en lo que ahora es un restaurante de comida china. Comencé

con un grupo infantil, y durante el curso escribí y dirigí una obra y una escena de pantomima que presenté al terminar. El que me permitieran estudiar esa “terrible carrera de perdición” hizo bastante ruido en la familia. Unos estaban de acuerdo, a otros les parecía terrible, incluso uno de mis tíos, que no tiene empacho en decir lo que piensa, me dijo: “Todas las actrices son unas putas”. A pesar de que aún no entendía lo que significaba esa palabra, me dejó pensando y decidí que yo podría lograrlo sin caer en eso.

Casi al entrar a la secundaria mi hermano se enfermó de varicela, y luego me enfermé yo. Una vez que estuve restablecida, regresé a la escuela, y mis encantadoras compañeras arpías hablaron con la coordinadora del grupo, quien cedió a las presiones y me mandó otra semana a mi casa porque, según ellas, yo seguía enferma. La coordinadora, aunque en realidad se estaba lavando las manos, me dijo que estaba consciente de que el médico me había dado de alta, pero que estas niñas estaban dispuestas a hacerme la vida miserable y a crear pánico entre los compañeros y los padres de familia, y que además yo tenía muy buen promedio y una semana más en casa no me iba a afectar. Una vez más me hicieron a un lado, pero mis amigas, principalmente Itzel, se encargaron de pasarme todos los apuntes e indicarme las tareas.

Aunque ya estaba en secundaria, la maestra Laura me invitó a participar en la obra de los de sexto año, más como bailarina que como actriz. También invitó a Alicia, otra compañera mía que bailaba estupendamente y que, espero, haya seguido bailando; lamentablemente le perdí la pista. Lo único relevante para mí en esta puesta fue que la actriz principal llegó tarde y estuve a punto de hacer su papel. Me dieron un libreto y, aunque más o menos sabía los movimientos, no me sabía el texto, que tuve que medio aprenderme en unos cuantos minutos. Entré a escena y, cuando estaba por intervenir, la actriz —de la cual no recuerdo el nombre, pero sé que le decían Lucero— llegó al teatro, entró desde el público y tomó su lugar. Aunque esto no le gustó a mi ego, mi

espíritu sí descansó y decidí que siempre debía aprenderme todos los personajes, una de las decisiones más útiles en mi vida.

En el primer año de secundaria tuve mi “primer novio”, pues para entonces ya había entendido que el de la primaria fue pura fantasía. Fue un muchacho muy dulce, muy talentoso, y un famoso declamador que salía en la televisión y era dos años más chico que yo. Nunca he sido paciente con las relaciones a las que no les veo futuro, y una semana después de hacernos novios me di cuenta de que no iba a funcionar, así que le busqué pleito, lo acusé de inmaduro y lo corté. Desde luego, hubo un problema de inmadurez, pero no de su parte, sino de la mía. Años más tarde supe que había sufrido mucho al perder a sus padres y tener que hacerse cargo de su hermana pequeña. Siempre he lamentado haber terminado mal con él, pues me hubiera gustado apoyarlo en los momentos difíciles, así que desde entonces he procurado no pelearme con las personas que aprecio.

Ese verano tomé un curso para aprender a tocar guitarra. Logré hacerlo aceptablemente bien, pero mi papá insistió en invertir el orden de las cuerdas de la guitarra para que yo pudiera tocarla, pues soy zurda. Durante años la toqué así, pero el problema era que sólo podía tocar mi guitarra. Aprendí a acompañarme varias canciones y canté ad nauseam Alfonsina y el mar, hasta que, por una torpeza, me zafé un par de uñas y dejé de tocar la guitarra.

En la escuela de teatro, cuando terminó el curso infantil, nos invitaron a las tres compañeras mayores a unirnos al grupo de los adultos. Una de esas compañeras sí se ha dedicado a la actuación; sin embargo, sólo estudió un par de meses con nosotros. Siempre tuve la impresión de serle muy antipática, pero no puedo asegurarlo, lo que sí puedo afirmar es que es una excelente actriz. La otra compañera sólo asistió un par de semanas. Fue mucho lo que aprendí ahí, pero, sobre todo, encontré distintos tipos de personas, buenas casi todas, de edades diversas, costumbres diferentes

y amigos que, por fortuna, aún conservo. Estudié casi en automático y muy protegida por mis compañeros, cuyas edades iban de los dieciséis a los treinta y cuatro años. Yo tenía trece años y, aunque siempre he sido aplicada, hubo muchas cosas que no entendí en aquel momento. De cualquier manera, guardo muy gratos recuerdos de los cuatro años que pasé en la escuela, y muy buenas experiencias. Incluso, alguna vez, tuve compañeros que trataron de abusar sexualmente de mí, pero yo ni me enteré. Eso lo entiendo ahora que soy mayor, lo mismo que el ataque de uno de mis primos en el mismo sentido. Como me hacían sentir incómoda, pues nunca los dejé llegar más lejos.

Terminados los estudios en la escuela de teatro, algunos compañeros montamos obras cortas cómicas que tuvieron gran éxito. Con este montaje hice mi primera "gira" a Poza Rica. Mi papá, quien siempre me ha protegido mucho, quería acompañarnos con el pretexto de ver la obra que ya había visto unas seis veces. Hablé con él y le expliqué que me parecía ridículo que fuera a verme con toda la familia y que se gastara diez veces más de lo que yo me iba a ganar. Muy a regañadientes cedió y me dejó ir a lo que yo consideraba toda una aventura... A decir verdad, lo fue. El sketch final era mi favorito, pues, además de divertido, la dramaturga había ido a vernos por invitación del profesor Antonio González Caballero. Ella me felicitó especialmente por mi interpretación de la criada, incluso dijo que, si pudiera, volvería a escribir la obra incluyendo las cosas que yo hacía. Cuando hicimos la obra en Poza Rica todo fue distinto. A la gente le gustó, pero se reía en partes que no se reía en la ciudad, y mi personaje de criada pasó casi inadvertido. La reacción del público, más que decepcionarme, reforzó mi necesidad de aprender a "adivinar al público".

LA CIENCIA NO ES LO MÍO

En secundaria afirmé mi vocación humanística. Las materias científicas no me inspiraban pasión alguna, nunca entendí la computación y deseché la idea de aprenderla, hasta que apareció Windows en el panorama. Los laboratorios me daban miedo y la química siempre me ha resultado la materia más incomprensible del universo. De hecho, el único examen en el que he copiado en mi vida fue en el examen final de química de la secundaria. He podido aprenderme óperas, cientos de canciones y muchas obras de teatro, pero memorizar los pesos y valencias de la tabla periódica me ha sido imposible. Hacer balanceo, aunque sea por redox, es imposible, y comprender una reacción química o la nomenclatura correcta de las mezclas es algo inalcanzable. Para mi fortuna, siempre ayudé a mis compañeros en los exámenes, es decir, los dejaba copiar siempre y cuando no me preguntaran nada. Cuando no habían estudiado, me pedían que escribiera con letra más grande, y así fueron pasando los exámenes de español e historia con calificaciones bastante decorosas.

Un día que el maestro de educación física tenía pereza de trabajar, nos dejó escribiendo en el salón y se salió. Los compañeros comenzaron a aventarse gises unos a otros y uno de esos me dio de lleno en el ojo. Al instante comencé a sangrar, y mi pobre compañero palideció. El profesor entró en el salón y palideció más que mi compañero. Me preguntó qué había pasado y le dije que algo me había caído en el ojo. Una amiga me prestó un espejo y vi que sólo tenía una leve cortada en el párpado inferior. Fui a lavarme y, cuando regresé, el profesor —que había hecho que una de las chismosas le dijera lo que había pasado—, estaba tratando de averiguar quién era el culpable. Me preguntó quién había sido y dije que no sabía, pero que no me había pasado nada y que no se preocupara, porque eso no tenía que salir del salón. Cuando salimos de clase, se acercó el compañero a agradecerme que no lo hubiera

denunciado. Sólo le pedí que fuera más juicioso. Fue gracias a este compañero como logré aprobar laboratorio de biología y química, pues todas las prácticas las hacía él, y el día del examen final me pidió que me sentara cerca. Le advertí que no sabía nada, y me dijo que ésa era la razón por la cual quería sentarse junto a mí. Con gran habilidad me fue dictando todas las respuestas y pasé el examen con un decorosísimo ocho.

¡VIVA LA PREPARATORIA!

Terminé la secundaria mucho más feliz de lo que esperaba. Poco a poco me fue importando menos lo que hacían las arpías y ellas comenzaron a aburrirse de fastidiarnos. Saqué buen promedio y estuve encargada prácticamente del acto de fin de cursos porque di el discurso de despedida, preparé unas canciones en coro, participé en el bailable y fui la villana de la obra en inglés. También fui al baile de graduación y me divertí bastante; además, fue la primera vez que canté con mariachi instigada por mi querida Itzel. En aquel entonces no le di importancia y qué bueno, porque tal vez no me hubiera atrevido.

Entré a una preparatoria que sí me gustó mucho y donde por fin me sentí a mis anchas. No tenía muchos amigos, porque mis gustos eran distintos a los de la mayoría, pero al menos se metían poco conmigo y con la gente que me hablaba.

Había en mi grupo muchas personas muy inteligentes, yo diría geniales. Me gustaba observarlos en sus locuras y participaba con ellos cuando me invitaban. Hicimos teatro e incluso hicimos una revista comunal por iniciativa de Melissa, una de las compañeras que inventaba historias fantásticas sobre fiestas tremendas donde, entre otros personajes, yo era la bailarina exótica. Uno de los compañeros me dibujaba muy insinuante, vestida como Morticia Adams y eran de verdad historias ingeniosas. La coordinadora se

enteró de las revistas y, como suponía quiénes eran los creadores y no le caían bien, quiso expulsar a los culpables. No nos parecía justo que expulsaran a algunos compañeros por una actividad que, además, hacían fuera de la escuela. Nos negamos a entregarlos, por lo que la coordinadora me mandó llamar y, muy indignada, me reclamó por proteger a estas “personas sin escrúpulos” que me levantaban semejantes calumnias. ¡Qué absurdo! Es enojoso que la gente no sepa apreciar el ingenio de las personas y la total unidad de un grupo. Me le quedé viendo y le dije: “¿Por qué me voy a sentir ofendida? Es evidente que se trata de una broma en la cual todos los compañeros tenemos un personaje que en nada se parece a nosotros. Lo único que me podría ofender es que tú pienses que lo están diciendo en serio”. Se quedó fría. Supongo que yo era su última esperanza y no supo qué decir, no pudo hacer nada en contra del grupo y lo único que lamento es que confiscó las revistas. Hace poco volví a saber de aquella muchacha que escribía la revista y que, además, era mi rival artística, porque es una magnífica actriz. A pesar de haber pasado momentos sumamente difíciles en su vida, se ha sobrepuesto y ahora es maestra de historia en la misma preparatoria. Cuando me lo dijeron, estuve segura de que era una excelente profesora, porque siempre fue una apasionada de la cultura. Mi sobrina, quien ahora es su alumna, corroboró mi teoría. Mi sobrina odiaba la historia por culpa de una mala maestra de la primaria, y gracias a Melissa, le ha tomado gusto y ha comprendido su importancia. Lo mejor que le puede pasar a una persona es tener un buen maestro.

Meses después de terminar los estudios en la escuela de teatro, unos compañeros me invitaron a representar ¿Quién le teme a Virginia Woolf?, cosa muy extraña, porque se prohibía la entrada a menores de edad y yo aún lo era. Después de ensayar la obra durante seis meses, nos cancelaron la temporada dos días antes de estrenar. Nunca supe por qué; de hecho, ni siquiera sabía dónde se iba a representar. Ignoro si fue un proyecto fantasma guiado por

el entusiasmo de mis compañeros. El caso fue que ya no tuve más proyectos teatrales y decidí dedicar mis esfuerzos al Conservatorio Nacional de Música.

Gracias a mi tío F... había escuchado casi todos los conciertos de un festival dedicado a Manuel M. Ponce. Cada semana mi mamá me llevaba a donde trabajaba mi tío, de ahí nos íbamos al concierto, que era en la sala Ollin Yoliztli. Incluso jugábamos a que yo era otra persona, "Sarita", quien se veía clandestinamente con él para ir a no sé dónde. Un día me llamó mi tía M..., su esposa, para pedirme que no siguiera con el juego, pues le habían hablado de alguna parte de la empresa en la cual trabajaba mi tío, para contarle que su marido salía con una tal Sarita. En fin, dejamos el juego que era bastante divertido y volvimos a ser tío y sobrina. Este episodio me dejó muy claro que las cosas no son como parecen y que nunca hay que creer a pie juntillas todo lo que nos cuentan. Lo mismo me pasó después con el montaje de los sketches cómicos. Acompañé al director a comprar unas telas para hacer parte de la escenografía, y el maestro de educación física de la preparatoria me confrontó; me dijo que yo estaba embarazada. Esto lo dedujo porque me vio comprando telas con un muchacho, y su retorcida mente hizo una historia donde yo me iba a casar porque estaba embarazada y por eso estaba buscando muebles para mi nuevo hogar.

CAMBIO DE PRIORIDADES

Asistir al Festival Ponce me dio la oportunidad de oír a otras sopranos, que resarcieron para siempre en mi gusto el canto operístico y me llevaron a inscribirme al Conservatorio Nacional de Música en la carrera de Cantante de Ópera y Concierto. Para entonces iba a comenzar el segundo año de preparatoria y me sentía dueña del mundo. Como muchos de los que ingresan a las escuelas artísticas, yo iba con la idea de que, después de haber cantado en

las obras escolares y de haber estudiado actuación, el asistir a la escuela era mero trámite. Con sólo escucharme me darían buenos papeles y terminaría la carrera en la mitad del tiempo requerido. ¡Qué chasco me llevé! Al entrar al Conservatorio descubrí que casi todos mis compañeros tenían mucho más talento y mejor preparación que yo, así que de hacer papeles principales y de cantar como solista en la escuela pasé a formar parte del coro durante más de diez años. Ya antes me habían enviado, junto con mi novio virtual de la primaria, para formar un coro con representantes de toda la zona y cantar el Himno Nacional y el del Estado de México, pero un coro formal es algo muy distinto.

Descubrir este nuevo mundo, donde yo no destacaba, fue lo mejor que me pudo ocurrir. Aprendí música, hice otro tipo de representaciones. Pronto me di cuenta de que mi voz era una de tantas y que mi única arma real era aprender y aplicar lo aprendido en búsqueda de un estilo propio.

Desde luego que al principio no me gustó la idea de estar en el coro, pero me fue gustando cada día más. También tuve la fortuna de estudiar con un maravilloso maestro que me dio todas, o casi todas, las armas que poseo en el canto. Me enseñó lo que debía hacer y me demostró lo que no era conveniente. Mientras estudié con él, aprendí muchas cosas, como estilo y repertorio, pero ya que prometí hacer un relato sincero, tengo que decir que lo que aprendí fue por fijarme en lo que les decía a los demás, y aprendí lo que no debo hacer al verlo cometer innumerables injusticias. Sólo me dejó cantar oficialmente dos óperas: El teléfono, de Menotti, y una que entonces estaba más allá de mi capacidad de estudiante y que fue un rotundo fracaso *La voix humaine*, de Poulenc. No obstante, canté muchas otras óperas gracias a la desidia e irresponsabilidad de mis compañeras, que cancelaban su participación dos días antes o, sencillamente, no llegaban a la representación.

Como había que darle gusto a mi papá que tanto me había apoyado, estudié una carrera que tampoco le pareció real, hasta

que por fin se dio por vencido. Estudié la carrera de Ciencias Humanas, que no pude terminar, pues —bien dice el dicho— el que a dos amos sirve, con alguno queda mal. En realidad, quedé mal con los dos, porque tampoco pude recibirme en el canto, pero sí me quedó claro que ése era mi auténtico camino.

Gracias a mi querido amigo J..., de quien fui novia cinco años y que es mi mejor amigo, título que ostenta desde hace más de dieciocho años, ingresé al coro del Conservatorio Nacional de Música, entonces dirigido por la extraordinaria maestra Alberta Castellazzi, nacida en Milán, Italia, pero que ya llevaba treinta años de vivir en México. No sólo puse un repertorio muy amplio como corista, sino que también me dio la oportunidad de formar parte de la Capella Cervantina de Horacio Franco y del coro de la Compañía Nacional de Zarzuela a cargo de Leopoldo Falcón. Esas dos agrupaciones me guiaron a mis primeros trabajos musicales en forma y, sobre todo, hacia otros rumbos que yo pensé que no volvería a tomar.

M..., uno de los actores de la zarzuela, me recomendó para hacer una obra infantil. Yo no tenía muchas ganas de hacer la audición, pero fui por no dejar mal a mi amigo, quien me había aclarado que sólo me había recomendado a mí. ¡Cuántas bendiciones nos traen amigos que no vemos con frecuencia, pero que son parte importante de nuestro destino! Me quedé en el montaje y conocí, entre otros amigos, a C... y P..., dos personas que han sido fundamentales en mi carrera y se han vuelto amigos indispensables. No sólo hice ese montaje, sino que he seguido trabajando con ellos, a veces en teatro, a veces produciendo, otras cantando, otras en televisión, en radio por internet, haciendo vestuario, escribiendo...

HAY QUE DAR EL PASO

La estrecha relación que llevé con mi maestro de canto durante más de diez años, trajo consigo muchas satisfacciones, terribles ataques

de migraña y profundas depresiones que terminaron cuando me corrió de su clase, junto con mis amigos J... y S..., en público, durante una función de la Flauta mágica de Mozart.

Este corte en la relación me fue más beneficioso que dañino, pero aún causa en mí un profundo sentimiento de tristeza. Pude hacer muchas cosas que, por respeto a mi maestro, no había hecho y que me han dado grandes satisfacciones, pero, sobre todo, dejé de tener los horribles ataques de migraña que, como comprendí tiempo después, eran resultado de mi obsesión por complacer a mi mentor.

Aprendí mucho en la escuela, tuve grandes maestros e hice los mejores amigos. Lo único que cambiaría de aquella época fue que aprendí a ser quisquillosa y a hablar de más y mal de la gente. Claro que muchos lo merecen, pero es una parte que suprimiría con gusto de mi manera de ser, aunque, por desgracia está muy arraigada.

¿REVOLUCIÓN, LIBERTAD, INDEPENDENCIA?

En fin, hay que decir que, en realidad, no he sido especialmente destacada en nada. De mis deseos de la infancia en cuanto a ser policía, bombero, enfermera, actriz y cantante puedo estar satisfecha de haber cumplido a cabalidad con los dos últimos. Durante la primaria y la secundaria fui enfermera a fuerza, gracias a algunas compañeras, una de las cuales tuvo un ataque de apendicitis y la atendí mientras llegaban sus padres, tranquilizándola y haciéndola respirar despacio mientras los demás compañeros estaban aterrados. En la preparatoria atendí más de un desmayo causado por esta obsesiva tendencia moderna a la anorexia o por la presión excesiva que algunas compañeras ponían en sus estudios. No lo he hecho tan mal, pero con el tiempo me di cuenta de que, de haber estudiado medicina, hubiera sido muy infeliz. Los auténticos galenos, las

Florence Nightingales, se regocijan cada vez que pueden ayudar, salvar una vida, aliviar algún dolor. A mí me pasa al contrario. Cada vez que veo sufrir a alguien, sufro yo también y estoy segura de que me la pasaría llorando todo el día pensando en los pacientes que murieran. Sí fui un poco bombero, porque mi hermano tenía, como muchos niños, tendencias piromaniacas que algunas veces necesitaron de mis servicios. Policía... tal vez algún día lo sea, ¿por qué no? Uno nunca sabe para dónde pueda llevarlo la vida.

He trabajado con personas maravillosas y, en muchos sentidos, he tomado mi propio estilo poco a poco. Triunfos y fracasos profesionales van y vienen y pretendo seguir en lo mismo. Me quité de encima los tabúes de cada disciplina y voy transgrediendo las tradiciones artísticas según mi instinto lo va dictando.

Me di cuenta de que convertir a los maestros en dioses es un mal negocio, que es mejor aprender de ellos todo lo posible, pero dejándolos en el plano terrenal para poder considerar lo que está bien y aquello que está mal. La amistad con los maestros debe ser parte de una admiración por la persona, no por el profesor en sí. Varios de mis maestros son buenos amigos, sobre todo porque son excelentes personas.

Mi familia ha crecido. A J... lo hemos añadido como hermano, pues así es de querido en casa, lo mismo ha ocurrido con C... Mi hermano añadió a su esposa (no se lo digan pero es maravillosa) y dos niñas lindas, dulces e inteligentes, quienes, además, son muy buenas amigas mías. Casi todos mis primos están casados y tienen niños buenos en su mayoría.

Sigo estudiando. Sufro de una soberbia intelectual que me impulsa a estudiar e investigar, lo cual es uno de mis más grandes placeres. Cada día busco algo nuevo y a diario me percató de lo poco que sé, de lo mucho que falta por aprender, y doy gracias porque jamás lo sabré todo, así que siempre podré aprender algo nuevo. Tengo pasión por los idiomas, el baile, el esoterismo, la mitología... ¡Hay tanto qué aprender y tan poco tiempo!

Quizás alguien se pregunte dónde quedó la historia de revolución y libertad personal prometida si no voy a contar el final... es que el final aún no ha llegado. La revolución debe ser una constante e interminable evolución, una búsqueda por mejorar y aportar algo a los semejantes. La libertad... tengo una familia envidiable, más de cinco amigos incondicionales; encontré el amor después de considerarlo inalcanzable, y con la mayor de las suertes, pues es un hombre bueno, cariñoso y trabajador. Trabajo en lo que más amo: el arte. ¿Se puede tener más independencia que esa? Por si eso no bastase, ¡soy feliz!, y eso, queridos amigos, es algo que pocas personas pueden afirmar.